

*Historias de avenencias posibles**

MARÍA RIAZA **

Miguel Ángel Ochoa Brun es embajador de España y doctor en Historia. Ello supone la experiencia y el saber necesario para esta empresa. Su principal obra es una *Historia de la diplomacia española* en varios volúmenes que se hace cargo, por primera vez, de esta labor. Desde el año 2001 es miembro de número de la Real Academia de la Historia.

En estos días he asistido a la presentación del libro que se menciona, en la Escuela diplomática de Madrid. A esta presentación-homenaje asistieron e intervinieron los Excmos. Sres. José María Velo de Antelo, Embajador Director de la Escuela Diplomática; Mario

Hernández Sánchez Barba, Catedrático Emérito de Historia de América; Francisco Javier Jiménez-Ugarte, Secretario General de Política de Defensa; José Pedro Sebastián de Erices Gómez Acebo, Subsecretario de Asuntos Exteriores y, por supuesto, Miguel Ángel Ochoa, objeto de la presentación y homenaje.

Como decía, he asistido a la presentación del libro antes mencionado. A pocas presentaciones he ido con más ilusión y confianza. Yo ya conocía el libro y pensé que la presentación no añadiría nada a lo ya sabido. Me equivoqué. Voy a decir por qué no quedaron defraudadas la ilusión y la confianza y ello constituirá el apoyo de mi visión.

*Embajadores y embajadas en la Historia de España, de Miguel Ángel Ochoa Brun, editado por Aguilar en Madrid 2002-521 págs.

** Profesora de Historia.

La ilusión y la confianza tenían el fundamento de su lectura atenta; también de la amistad y noticia de su saber, ya de años. Se trataba de un libro que —a riesgo de decir muy poco— llamaría “importante”. Importante para mí lo era, pero a eso difícilmente se llamaría importancia. Importaba al mundo de la cultura, que viene —en parte— vehiculada por la Historia. Importaba que el mundo que se cree, o nos creemos, intelectuales desconocía esta historia, culpablemente, o lo que es peor, lo daba por conocido y arrinconado (sutil forma de desconocimiento con su punta de mala fe).

Fundado en esta confianza y esperanza te sumerges en el libro, no sin cierto temor hacia sus posibles dificultades. Y te encuentras con un volumen elegante, sosegado... Un libro cuya lectura —y no es una novela— no puedes dejar.

Quizás el lector de estas líneas diga: “bueno, ¿y de qué trata?”. Afortunadamente el título no es cabalístico (lo cual es hoy tan frecuente): *Embajadas y embajadores en la Historia de España*. No se pase por alto que cuentan también los embajadores-personas. Precisamente plantea el libro los sutiles enlaces de estas dos partes, persona y hacer; no es que lo plantee teóricamente, es que lo hace ver. Eso si lo advierte, no se puede hablar de un hacer humano sin delinear una personalidad, la del que lo hace. Es ésta una de las líneas de su atractivo. Pongamos al azar algunos ejemplos.

No puedo hacer un resumen de las personalidades que se describen en la obra. Sería un diccionario. Lo que quiero hacer es elegir unas cuantas que nos den una idea de lo que esto significa.

Tengamos la reconstrucción del sentido en la Edad Media. Escojo la embajada de Ruy González de Clavijo ante el Gran Tamerlán. Se llevó a cabo en tiempo del rey Enrique III de Castilla. El mismo Clavijo hizo una especie de *Diario* que nos ilustra sobre un mundo

desconocido y no sólo sobre la misión que tiene entre manos. Me parece de especial interés el introducirnos en la sensibilidad que significa “desconocer un mundo”. Hoy es esto casi imposible de imaginar. La resurrección de este personaje nos lo posibilita.

Nos trasladamos ahora al tiempo de los Reyes Católicos y de su embajador en Inglaterra, Rodrigo González de Puebla. En cuanto embajada, se ofrece aquí un ejemplo del paso del embajador itinerante al estable (veinte años en Inglaterra, y ¡qué veinte años!). Este modo de ejercicio de la diplomacia es, para M.A. Ochoa la entrada, por el Renacimiento, al mundo moderno. De él se señalan taras (que se acentúan vistas con ojos del siglo XV), y también grandes aciertos. Aquí tenemos una persona y su misión que son una magnífica ilustración.

Y ahora, hablando en términos taurinos, vamos a cambiar de tercio. Un embajador de Felipe IV, D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, conde de Roca, que fue elogiado por Lope de Vega y representó a España en Saboya y Venecia. Este personaje se hizo la pregunta de qué significa un embajador perfecto. La contestación es un curioso libro, dedicado a Felipe III, *El embajador*. ¿Cumplió él su programa? Analicemos su actuación y opinemos.

Otro aspecto que aquí se estudia es el del resultado —éxito o fracaso— de la gestión diplomática y el modo que tuvieron sus representantes de recibir el resultado. Se muestra aquí las dificultades y sombras del oficio. Por ejemplo, D. Diego Hurtado de Mendoza que, aunque fue encomiado, también recibió reproches. La historia nos muestra que los recibió con buen talante.

Hubo incluso expulsiones de embajadores con los sinsabores que ello comporta. Así el embajador de Fernando el Católico fue expulsado por Luis XII de Francia y Bernardino

de Mendoza que también lo fue de Inglaterra en tiempo de Felipe II. Incluso hubo contratiempos más graves, pero creo que con esto basta.

Al final de estos ejemplos me parece necesario destacar una cosa: el fluir de los siglos, que tiene tal trabazón que a un fluido se asemeja. Este fluido de tareas y personas nos lleva, de la mano del autor, a una conclusión optimista. Los éxitos y los fracasos constituyen una secuencia que nos muestra el intento continuado de avenencia posible. Las posibilidades de este hacer son limitadas por diversas circunstancias: políticas, económicas, personales. Lo que se va logrando, ahí está; se ha conseguido sorteando dificultades con inteligencia, con habilidad y dedicación.

Y ahora dejemos los ejemplos, y volvamos a las líneas generales que permiten una perspectiva para comprender. Desde luego se trata de mi perspectiva; no tengo otra.

En primer lugar, lo que justificó mi confianza. M. A. Ochoa insiste en la necesidad de ejercitarse en una mente historicista (mejor dicho, histórica). Él dice que hay que ponerse unas gafas que nos den el color del tiempo histórico (lo cual, por otro lado, no es nada fácil). Y es que este libro —ya desde el título se anuncia— es una Historia. Una historia “histórica” (si se me permite forzar un tanto la lengua), y esta historización abarca tanto a las personas como a su hacer, y también a la obra realizada que ahí queda para la interpretación.

Vamos ahora a otra función del historiador que aparece aquí en toda su acuidad. Se trata del enfrentamiento con las fuentes. ¿Qué nos dicen? ¿Cómo lo dicen? Parece sencillo y no lo es. La fuente —papel, carta, documento— es sólo una parte del material (lo que podríamos llamar hecho bruto). La otra parte es la circunstancia que completa el significado. Y no es que lo complete como un adorno, sino que lo constituye. El libro lo explica muy claro y nos

fuerza a nosotros, lectores, a hacer nuestro este consejo, a aprovecharnos de esta explicación.

Y otra cosa que va de la mano de la historia. Se trata de lo que cada época entiende por embajada (incluso una creencia subconsciente). Cada período histórico y las embajadas que en él se dan presentan semejanzas y desemejanzas. Las cosas, los asuntos medievales, se parecen a los actuales, pero no completamente, no del todo. Y es difícil interpretar ese “del todo”, porque es sutil e irreal. La “irrealidad” para Zubiri es un componente esencial de la realidad humana. Son diversos los imperios que envían y reciben embajadores. Desemejantes entre sí, y más aún de nosotros. Para hacer surgir mágicamente ante nosotros todas estas dificultades, M. A. titula el capítulo como “Poesía y Verdad”, cuya resonancia goethiana nos ayudará a entender.

En el mundo “histórico” que ahora nos ocupa, hay que entrever la trayectoria que nos lleva a nuestro hoy. Nuestro propio mundo histórico se abre con el Renacimiento. Aquí —y para el tema— se subraya la importancia del paso de las embajadas esporádicas a las permanentes en las que el embajador reside en el país y se adentra en los problemas de él. Esto hace cambiar su modo de actuar y forja a su vez otro modelo de hombre en la persona del embajador. Y, lo mismo que éste, muchos otros contrastes que nos invitan a rehacer la línea continua.

Al comienzo de estas palabras me he referido a la ilusión. Ilusión por algo que se presiente (este atractivo tema de la ilusión ha sido tratado por D. Julián Marías en un delicioso librito en el que muestra cómo el sentido que le damos los españoles nos es propio).

La ilusión se va cumpliendo a lo largo de la presentación, como un incremento que se añadiera al libro del que estamos tratando.

Por un lado, el carácter chispeante, a veces irónico (pero nunca hiriente) de su prosa. Este estilo de M.A. casi lo tenía olvidado, después de una experiencia de su decir ya tan larga. Por otro lado, la nota esperanzadora que de él dimana. Una invitación a la comprensión entre las gentes y los pueblos, incluso cuando ésta parece imposible. Esta invitación a la comprensión, que se muestra ejercida, es la que transmite al lector. Yo, como lector, se lo agradezco, cómo lo harán los sucesivos. Vemos cómo las cosas pueden ir por ese camino; en el libro hay numerosas muestras de ello. También se extiende el agradecimiento a la repetida mención a la palabra “España”, a lo que hoy estamos poco acostumbrados. Y no sólo por su parte, sino por la de ilustres participantes en esta presentación-homenaje.

Quisiera decir algo de ellos. Su significación es suficientemente conocida y no voy a decir algo de cada cual. Sería imposible en esta extensión. Fueron ellos los ya mencionados al comienzo de estas líneas. Amables, inteligentes, y divertidos (también importa). Quiero, eso sí, decir algo de la respuesta de M.A. Resumió la actuación del embajador en dos palabras: reflexión y actividad. Convendría repensarlo. También en la descripción que esta actividad imprime en la persona de quien ejerce este oficio. Se trata de la entrega, el sacrificio y servicio. En esto se piensa poco, recubierto a veces por la brillantez de esta tarea.

Por último, no quiero dejar de referirme a las palabras tan justas y afectuosas que dedicó a Mercedes, su mujer (y representadas por ella a muchas otras mujeres de diplomáticos). Me alegraron especialmente por tratarse de una amiga muy querida. Pero no sólo por esto. Yo he vivido con Mercedes en Roma esos desvelos, esa dedicación callada, que tanto ha colaborado a la realización de la excelente labor de su marido.

La ilusión ha quedado colmada. Ello me ha traído alegría, esperanza, matizada de sosiego. Creo que este efecto se va a reproducir en todo el mundo que lea el libro (que si leen mis palabras creo que van a ser bastantes). También de adquirir conocimientos que no son tan fáciles de encontrar. Y es que no es fácil encontrar un libro como éste.